



MUERDE LA SOLEDAD

VÍCTOR JUAN

Profesor y escritor

Ilustraciones: Chema Lera

DELANTAL

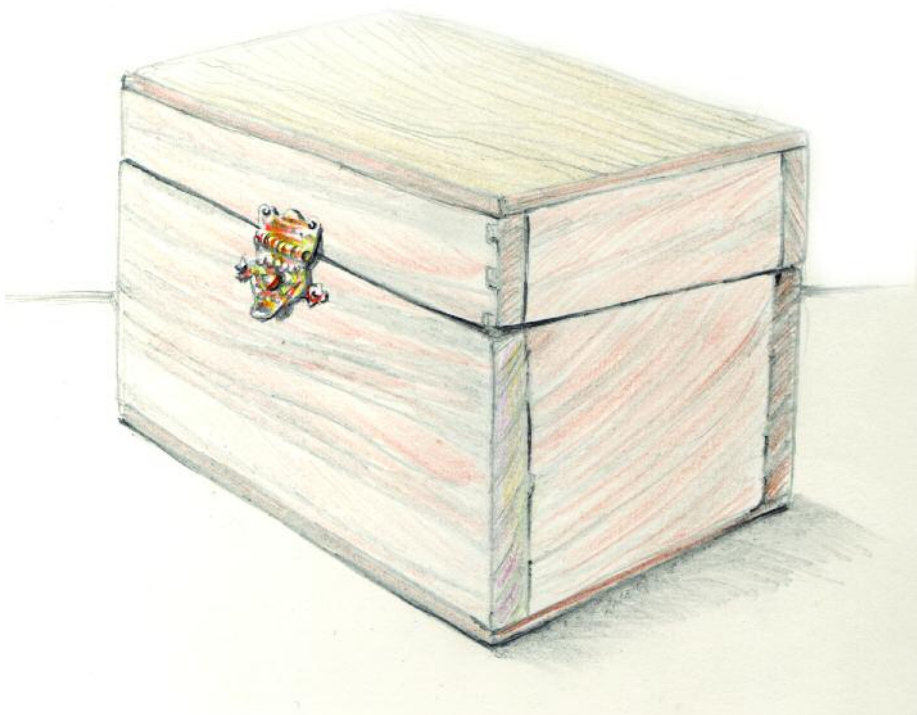
El más genuino y reconocible Víctor Juan, el Víctor Juan encantador de palabras, sutil y delicado, está presente en cada una de las líneas de este relato que ganó el primer premio de la octava edición del Concurso literario de relato corto «Ciudad de Caspe» (2013) y que es un nuevo homenaje a su querida María Sánchez Arbós, la maestra institucionista represaliada tras la guerra civil y autora de un conmovedor diario que Víctor Juan prologó y editó hace ya algunos años. En el relato, una anciana doña María, que ha enviudado apenas hace unos meses, recuerda sus años de directora del Grupo Escolar Francisco Giner que fundara la Institución Libre de Enseñanza y se deja llevar por la melancolía y la añoranza. Esa capacidad de evocación, esa mirada limpia sobre las cosas, esa sensibilidad para transformar en literatura las cosas nimias y cotidianas y para contagiarnos su pasión por la figura de María Sánchez Arbós, son algunas de las características de este relato de Víctor Juan, que, como toda su literatura, nos toca el corazón, nos llena de nostalgia y hace que afloren en nosotros los más nobles sentimientos.

José Luis Melero



Algunas tardes de otoño la soledad muerde como un lobo hambriento y no es difícil ahogarse en el pozo de la melancolía. No me refiero a las tardes de la estación de los membrillos cuando los árboles cambian el color de sus hojas hasta perderlas en un suicidio colectivo. La soledad muerde en el otoño de las ilusiones. Como dejó dicho el poeta, «quien lo probó lo sabe».

Si se lo propusiera, María podría escribir un tratado sobre sueños y quimeras, pero en los últimos meses le acechaba permanentemente la tristeza. La intuía en el silencio, en las frágiles palabras con las que se entendía y se explicaba, en la luz que entraba a última hora de la tarde por las ventanas de su despacho, la misma luz que iluminaba algunos de sus recuerdos. Quizá ya había soñado todo lo que se puede soñar y sufría la resaca que el deseo siempre provoca en el corazón de quienes se aventuran a querer querer. Vivía con la sensación de que todo formaba ya parte de su pasado, de un pasado pluscuamperfecto en el que confundía lo que fue con lo que quiso ser. Se sentía como el alpinista que contempla desde la cima el trecho superado y se pregunta cómo había sido capaz de llegar hasta allí. La estrategia es siempre la misma: dar un paso tras otro, con la humildad de quien sabe que en cualquier momento le faltarán las fuerzas y fracasará en su intento y, al mismo tiempo, con la determinación que nace del convencimiento de que no hay retorno posible.



La guerra civil había partido en dos la vida de María y la vida de todas las personas que sufrieron aquella catástrofe. Había sobrevivido –como si vivir fuera precisamente su condena– a la barbarie, al dolor y a las humillaciones, una lágrima tras otra, dolor sobre dolor.

Algunas veces recordar duele. Los recuerdos le sobresaltaban, le salían al encuentro cuando menos lo esperaba, cuando menos lo necesitaba. María procuraba no golpearse al mismo tiempo con todas las aristas del pasado y se refugiaba en los rincones plácidos de su memoria, en los recuerdos de su vida junto al hombre bueno con quien compartió la alegría, en el tiempo de la luz, y las penas, cuando se extendieron las tinieblas y el mundo se rompió en mil pedazos. Luego soportaron el exilio en su propia ciudad, en la ciudad tomada, en la ciudad sometida y enajenada. No se avergonzaron ni renegaron de sus sueños. No se arrepintieron de su compromiso. En los tiempos difíciles procuraron no mendigar favores. Huyeron de la sumisión que siempre pretenden los vencedores. María no había aceptado imposiciones, salvo las que trajeron sus cuatro hijos junto al pan debajo del brazo.

En unos días se cumplirían seis meses de la muerte de su marido. Se sentía sola. No quería disimularlo. Él era su hábitat natural. Solo sabía vivir en el mundo que juntos habían construido palabra a palabra. Necesitaba estar junto a él. Sus oídos se habían acostumbrado a su voz, su corazón a su respiración, su cintura a sus brazos y su cuerpo a sus manos. Nada podía llenar la ausencia que había dejado Manuel en su vida.

Vivía con el más joven de sus hijos, el único que quedaba soltero. Él había sido su consuelo. Le había hecho reír cuando parecía que la alegría era un privilegio de otros. Cuando nació José Luis sus alumnas de la Escuela Normal de Maestras le propusieron que, como homenaje a Rousseau, le llamara Juan Jacobo. En sus juegos infantiles, a José Luis sus hermanas le llamaban Jean Jacques para hacerle riar.

Algunas tardes, María se encerraba en su despacho y aunque a veces le mordía la soledad, también se tropezaba con las briznas de felicidad que habían quedado depositadas en aquel territorio que con los años había hecho suyo. Sacó una pequeña caja de madera del armario. La abrió cuidadosamente, como si del interior fuera a escaparse una esencia o una maldición. Tomó una fotografía, una de aquellas tarjetas postales que guardaban para siempre las imágenes de los acontecimientos importantes. Sonrió al contemplarse todavía joven, sentada en una mesa, acompañada por algunos hombres. Cualquiera pensaría que se trataba de una conferencia o de un mitin. Era una fotografía del día de la inauguración del Grupo Escolar Francisco Giner. Durante la República, María dirigió una de las escuelas que se construyeron para atender a los miles de niños que estaban sin escolarizar porque no había sitio para ellos en las escuelas de la ciudad. Aquella fue su gran aventura profesional. Organizó una escuela en el tiempo de la gran ilusión, cuando las palabras servían para contar el mundo y también para transformarlo. La escuela llevaba el nombre de Francisco Giner, el profesor que fundó la Institución Libre de Enseñanza. Cuando le adjudicaron aquella plaza, el edificio aún no estaba terminado. María consultó los planos, se entre-

vistó con el arquitecto, solicitó materiales, elaboró reglamentos y programas. Quería conocer todos los detalles de la marcha de las obras.

El 14 de abril de 1933 se inauguró solemnemente el grupo escolar. Ese era el instante que inmortalizó el fotógrafo con su cámara. Entre otras autoridades, allí estaban el presidente de la República y el ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes. La fotografía no contaba que María apenas había dormido esa noche ni que aquel fue uno de los días más felices de su vida. Por la mañana, bien temprano, había recibido una nota del señor Cossío: «Nadie mejor que usted dirigiría la escuela dedicada a don Francisco. Tengo confianza absoluta en su trabajo. Usted conseguirá cuanto se proponga. Alma, María, alma». La fotografía tampoco mostraba su deseo de quedarse sola con la veintena de maestros interinos y los casi setecientos niños que ya llenaban de voces y de sueños el edificio. Aquel 14 de abril, en su breve intervención, María se limitó a recordar los versos que Antonio Machado le dedicó a Francisco Giner de los Ríos:

«Sed buenos y no más.

Sed lo que he sido para vosotros: alma».

La escuela Francisco Giner fue su escuela soñada. Allí plasmó las ideas educativas que había elaborado durante sus años de ejercicio profesional como maestra. María organizó la biblioteca, plantó rosales y acacias en el patio de recreo, impulsó la creación de la asociación de padres, aconsejó a los maestros más jóvenes que muy pronto se sintieron parte de un hermoso proyecto, se preocupó de las necesidades de cada uno de los niños que asistían a la escuela, logró la colaboración de profesores y de antiguos alumnos de la Institución Libre de Enseñanza...

Todo se rompió en julio de 1936 con el comienzo de la guerra civil. En noviembre una bomba cayó en el ala sur del edificio. Los niños fueron desalojados. En la escuela se instaló la columna Durruti. Los pupitres, los libros y las puertas arrancadas alimentaron el fuego que calentaba los cuerpos de aquellos combatientes en el más duro invierno de Madrid, en el invierno de la ciudad sitiada. La suciedad se amontonaba en todos los rincones. Qué desolación sentía María cuando una vez a la semana iba a la escuela para comprobar el estado del material de enseñanza. Una mañana le comunicaron que ya no podría volver. Entonces recogió el retrato de don Francisco y las llaves, unas llaves que, en realidad, ya no servían para nada porque no había puertas.

En el tiempo de la victoria sufrió cuatro meses de cárcel. Pasó, como todos los maestros, por un proceso de depuración que se resolvió con su expulsión del magisterio. A la escuela le cambiaron el nombre. Los vencedores pretendían borrar de la historia a las personas y a las instituciones que apoyaron a la República... La sal ocultó los recuerdos. María nunca volvió a pasar por delante de su escuela. No hubiera podido soportarlo.

Dejó la fotografía sobre la mesa. Abrió de nuevo la caja de madera y tomó de su interior un pequeño manojito de llaves, las llaves que rescató de su escuela el día que le prohibieron volver. Las acarició como tantas veces había hecho en los últimos cuarenta años. Las sostenía mientras le parecía que palpitaba en sus manos la ilusión

de los días azules. Lloró mansamente. Lloró lo justo para aliviar el peso que súbitamente soportaba su corazón. Hasta las mujeres valerosas como ella lloran cuando nadie las ve. Aquellas eran las llaves de los sueños por estrenar. Las llaves del cuarto donde se guardaban los juguetes para repartirlos el día de Reyes. Las llaves que abrían puntualmente las aulas para recibir a los escolares. Las llaves del deseo de ser mejores. También eran las llaves de las ilusiones perdidas. Las llaves de su Sefarad. Las llaves de una escuela que no existía. Las llaves de cerrar las puertas a la barbarie, al rencor, a la injusticia y a la melancolía.

Guardó la cajita en el armario. Recorrió con la mirada aquel universo en el que se había refugiado tantas veces en los últimos años. Sin tocarlos, era capaz de acariciar los lomos de los libros que forraban las paredes, los cuadros, los pequeños objetos distribuidos por las estanterías: el caballito de cristal, la pipa de espuma de mar en la que algunas veces fumaba su marido, la torre Eiffel que trajo su hija de París, la placa que le dedicaron sus alumnos el día que cumplió setenta años, la pluma estilográfica que le regaló su padre cuando terminó la carrera, el retrato de don Francisco que presidía su despacho en la escuela que le robó la guerra... Recuerdos inútiles de los días felices. En aquella habitación había hecho tantos planes y se había hecho tantas promesas...

Cuando ya se disponía a cerrar la puerta del despacho, sus ojos se detuvieron en la orquídea. Había pensando varias veces que debía tirar esos tallos secos. Era el último regalo que Manuel le había hecho unas semanas antes de morir, pero no tenía sentido conservar un tiesto sin planta. Se dirigió hacia la orquídea con la intención de tirarla a la basura. Y fue entonces cuando lo descubrió. En una de las ramas había un abultamiento en el que se adivinaba tímidamente la vida. Acercó sus dedos al brote y sintió la fuerza arrolladora de la esperanza.

